

**Ricoeur, Paul**, *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid, 2003, ISBN: 84-8164-604-0, 688 pág. [*La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Editions du Seuil, Paris, 2000.]

Preámbulo. I DE LA MEMORIA Y LA DE LA REMINISCENCIA. Nota de orientación general. 1. Memoria e imaginación. 2. Memoria ejercida: uso y abuso. 3. Memoria personal, memoria colectiva. II HISTORIA/EPISTEMOLOGÍA. Nota de orientación general. Preludio. La historia: ¿remedio o veneno? 1. Fase documental: la memoria archivada. 2. Explicación/compreensión. 3. La representación historiadora. III LA CONDICIÓN HISTÓRICA. Nota de orientación general. Preludio. El peso de la historia y lo no-histórico. 1. La filosofía crítica de la historia. 2. Historia y tiempo. 3. El olvido. Epílogo. El perdón difícil. *Índice temático. Índice de autores y obras citadas. Índice general.*

“El historiador, en cuanto que hace historia, ¿no imitaría de manera creadora, al llevar la historia al nivel del discurso erudito, el gesto interpretativo por el que los y las que hacen la historia intentan comprenderse a sí mismos y a su mundo?”<sup>1</sup>.

La cuestión de la representación del pasado ha constituido desde hace muchos años uno de los principales temas de interés de Paul Ricoeur. En su último libro, *La memoria, la historia, el olvido*, divide el problema en tres perspectivas distintas que trata en partes separadas: el debate acerca de la memoria, la epistemología de las ciencias históricas y la hermenéutica de la condición histórica. Al introducir en su análisis puntos de vista tan diversos como los del historiador, las instituciones o el ciudadano, no solo muestra las diferentes dimensiones de la relación presente-pasado, sino que además deja claro que éstas no son ni mucho menos mundos aislados. Los intereses *en* y las necesidades *de* historia en el individuo, la comunidad política y la comunidad profesional están profundamente relacionados en la configuración de lo que entendemos por historia. Aunque el mismo autor advierte que el libro se puede leer como tres ensayos diferentes, es precisamente en la combinación de las tres perspectivas en donde reside su mayor fuerza.

Su interés por estudiar la representación del pasado le lleva a entrar de lleno en temas tan candentes como los del recuerdo individual y la memoria colectiva, la relación entre la historiografía y los hechos del pasado, o la disyuntiva entre objetividad y militancia política en el historiador. Todo ello marcado por el sesgo personal de Ricoeur que sacando a colación autores, conceptos y tradiciones intelectuales –a veces un tanto tortuosamente–, llega a construir toda una teoría antropológica de la relación del hombre (incluido

---

<sup>1</sup> RICOEUR, *Op. Cit.*, p. 30.

el historiador) con el pasado. Por supuesto, caben muchas interpretaciones de un ensayo de más de 600 páginas que toca géneros tan diversos como la historia de la historiografía, la hermenéutica de las ciencias humanas, la fenomenología de la historia o la ética política. En mi caso, me gustaría entresacar tres líneas de investigación que permanecen abiertas a lo largo de todo el libro y que pueden resumirse en tres preguntas fundamentales: ¿cómo pervive lo que fue en el presente?, ¿cómo se re-presenta el pasado?, y ¿cómo busca el hombre sentido en el pasado?

Lo que lleva a Ricoeur a plantearse cómo pervive lo que fue en el presente es la sorpresa que produce descubrir la aparente paradoja de “la presencia de algo ausente”. Lo cual le lleva a preguntarse: “¿Cómo mantener la diferencia de principio entre la imagen de lo ausente como irreal y la imagen de lo ausente como anterior?” El problema se repite cuando pasamos de la memoria a la historiografía; concretamente, a la hora de tratar la imbricación de la representación histórica y la ficción literaria. Desde el punto de vista cognitivo, afirma Ricoeur, no hay diferencia entre la memoria y la imaginación. La distinción está en “qué” se recuerda. Si se reconoce el recuerdo y se recupera fielmente, es memoria. En el caso de la escritura de la historia, la clave está en la idea (que acuñó él mismo en *Tiempo y Narración*) de “representancia”, una especie de pacto entre lector y escritor por el cual el género histórico trata de cosas y personas que existieron.

Al prestar la atención al oficio de historiador Ricoeur se hace eco de algunos historiadores franceses que han centrado su interés en la faceta de la historia como práctica social. Siguiendo estas tendencias recientes propone una redefinición del paradigma de la historia social y cultural desde la idea de “mentalidad” a la de “representación”. El motivo, que la noción de mentalidad impedía mostrar la dialéctica interna de una sociedad porque simplemente yuxtaponía indiscriminadamente lo mental a lo social (la compara con la noción Hegeliana de espíritu de los pueblos). Para Ricoeur dos tendencias han resquebrajado los cimientos de la idea de mentalidad: la idea de la dialéctica entre “práctica” y “representación” y la del “juego de escalas”. En el primer caso, su “historia de las representaciones” trata de conjugar la tradición de la historia de las mentalidades con las nuevas aportaciones de Foucault, De Certeau, Elias y Bourdieu. Autores que han trasladado el interés académico de la estructura social al proceso de “estructuración” (prácticas sociales). La segunda falla en el modelo de la mentalidad habría quedado a la vista en los últimos años gracias a la labor de la “microhistoria”.

Ésta ha mostrado mediante una variación radical de la escala del objeto de estudio, en primer lugar, la heterogeneidad de los discursos, intereses y estrategias dentro de cualquier contexto histórico cultural. Además, la microhistoria atiende a visiones particulares del mundo, solo

generalizables sin salirse del caso particular. Lo que la convierte en una ciencia “indiciaria” que, con su atención al caso particular, recupera el acontecimiento y con él la narración y el relato para la historia. Ante la afirmación Braudeliana de que “la ciencia social tiene horror del acontecimiento”, Ricoeur vuelve a repetir lo que ya demostró en *Tiempo y Narración*: que en el propio Braudel las grandes estructuras jugaban el papel de acontecimientos y personajes en una trama macro histórica. Sin embargo, las circunstancias en el mundo de las ciencias humanas han cambiado desde *Tiempo y Narración*. En esta ocasión Ricoeur vuelve sobre la noción de narración en la historia con un fin diferente al de entonces: distinguir la faceta de relato de la historia de la negación de su capacidad referencial tal y como han afirmado las tendencias denominadas “narrativistas”. Para Ricoeur tanto la perspectiva de los *Annales* de Braudel como la de narrativistas como White o Minsk son percepciones equivocadas del papel de la narración en la historia, puesto que confunden la narratividad con un “obstáculo” (*Annales*) o con un “substituto” (narrativistas) de la explicación.

El error de la postura narrativista no es que la historia no deba someterse a las leyes de todo relato sino que cierran el texto a toda pulsión extralingüística (referencial). Ricoeur encuentra la causa de la falta de referencialidad en el modelo lingüístico estructuralista, que distingue entre lengua y habla pero que se desentiende del referente. “Jamás se encontrará en la forma narrativa en cuanto tal la razón de esta búsqueda de referencialidad” dice Ricoeur. Y sigue: “Es el momento de preguntarse si la sospecha no está inventada totalmente a partir de un modelo lingüístico inapropiado para el discurso histórico, que sería comprendido mejor a partir de modelos alternativos para los cuales el referente, cualquiera que sea, constituye una dimensión irreducible de un discurso dirigido por alguien sobre algo.”<sup>2</sup> Para lograr esa “referencialidad” es necesario replantear el análisis de las obras históricas no solo desde su aspecto de relato sino conjuntamente con el punto de vista del oficio del historiador y la necesidad de explicar-comprender las causas en la historia.

Ricoeur encuentra la clave a la pregunta de la búsqueda de sentido en la historia en que el hombre es por antonomasia “en” la historia. Es decir, que “hacemos historia porque somos históricos”. Es en ese ser histórico del hombre en el que yace en último término la respuesta a la búsqueda de la referencialidad en la historia. El historiador, como cualquier otro hombre, busca sentido en la historia. Y al mismo tiempo, no como juez pero sí como ciudadano especialmente capaz, colabora en configurar la memoria colectiva. La cual introduce la dimensión ético-política a la problemática de la historia

---

<sup>2</sup> RICOEUR, *Op. Cit.*, p. 332.

y la memoria. En este plano, la historia se vuelve más vulnerable a la ideología, pero también es aquí donde se encuentra una de las motivaciones más importantes que impulsa a las personas a interesarse por la historia: la necesidad –Ricoeur usa la expresión de Adorno– de “reconciliarse con el pasado”. La noción de reconciliación lleva asociadas la del perdón y la del debate sobre la memoria histórica. Tanto en el plano individual como en el colectivo “el perdón, si tiene un sentido y si existe, constituiría el horizonte común de la memoria, la historia y el olvido.”<sup>3</sup>

Llegados a este punto el esfuerzo que supone leer los tres ensayos que componen el libro da sus frutos, y saca a la luz la problemática común entre la percepción fenomenológica y la dimensión social del tiempo. Entre la memoria individual y la historia: la memoria colectiva. Entre el tiempo cósmico y la vivencia del hombre como ser mnemónico: la historia. Y entre la memoria colectiva y la historia: el historiador. La interrelación de todas estas distintas formas de tratar con el pasado dan como resultado la famosa distinción entre –Ricoeur utiliza los términos en inglés– *story* y *history*. Dos ingredientes con problemáticas distintas pero que una vez mezclados ya no pueden volverse a separar. En realidad más que con una mezcla homogénea, el binomio se entiende mejor si se compara con las dos caras de una misma moneda; la moneda con la que cada cual rinde cuentas de su propia experiencia del tiempo.

En definitiva, gracias a su último trabajo, Paul Ricoeur volverá a citarse como el autor de uno de los diagnósticos más acertados de la situación de la historiografía actual. Y eso será así porque a muchos historiadores les costará reconocer que en realidad él, un filósofo, es además uno de los máximos inductores de dicha situación. No en vano su antropología hermenéutica de la historia se ha convertido en uno de los principales argumentos utilizados por los historiadores para defender la voluntad de veracidad de la historia en las turbulentas aguas de la posmodernidad.<sup>4</sup>

Paul Ricoeur (Valence, 1913) es una figura puntera de la filosofía hermenéutica, y su influencia se ha dejado sentir en todo el ámbito de las ciencias humanas. De entre su extensa bibliografía destacan, por la relación con la historia de la historiografía y la filosofía de la historia, la trilogía *Tiempo y Narración* (1981-1987), *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales* (1982), *Historia y verdad* (1990), e *Historia y narrativa* (1999).

Julián Díez Torres  
Universidad de Navarra

---

<sup>3</sup> RICOEUR, *Op. Cit.*, p. 595.

<sup>4</sup> Ver A. PROST, *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2001, p. 305.